

XV Seminario de Economía Agrícola del Tercer Mundo

Alejandro Hernández T., Verónica Barajas,
Conrado Aguilar, y Mauricio Aupart•
Eulalia Peña T. ••

El tema general del Seminario fue “Reordenamiento del patrón agrícola: el futuro de los sistemas agroalimentarios en los países pobres”, temática de gran importancia en la discusión académica sobre el futuro del sector agropecuario en nuestro país.

En su décimo quinto año de actividades, el seminario estuvo coordinado por Felipe Torres Torres, María del Carmen del Valle, Eulalia Peña y Emilio Romero, académicos del Instituto de Investigaciones Económicas (IIEc.) de la UNAM.

En esta oportunidad, se contó con la participación de académicos y especialistas estudiosos de la problemática agropecuaria de diversas instituciones de investigación nacionales y extranjeras, así como de funcionarios públicos y líderes campesinos con responsabilidad en las decisiones sobre el sector.

El seminario se desarrolló del 2 al 6 de octubre de 1995 en cinco mesas de trabajo. Se inició con un homenaje a Ernest Feder quien fuera el fundador del seminario; el Dr. Feder (1914–1984), contribuyó enormemente al conocimiento de la problemática agrícola a través de su vida en la investigación en ese campo, sobre todo en los países subdesarrollados y particularmente en el caso de México durante su estancia en el IIEc.

• Becarios del proyecto *Desarrollos tecnológicos de las agroindustrias alimentarias*, que se realiza en el Instituto de Investigaciones Económicas (IIEc.), UNAM.

•• Técnico académico del IIEc.

En la mesa I del seminario, "Reordenamiento Económico y Desarrollo Agrícola Internacional; Perspectivas en un contexto de recesión y crisis agrícola. El caso de México". Se abordó la problemática actual bajo una hipótesis que fue común denominador de varios ponentes a lo largo del seminario, y se refiere a que la política económica neoliberal ha resultado en un reordenamiento económico caracterizado por un fuerte interés en atraer inversión extranjera, por la privatización de empresas antes propiedad del estado y por la desregulación de la economía.

Hemos presenciado en los últimos años la llegada de inversión extranjera, en su mayoría de tipo especulativo a través de la bolsa, sin haber estímulos para la producción de bienes no comerciables y por lo tanto se ha afectado la actividad productiva en su conjunto.

Para Arturo Huerta este panorama crea expectativas pesimistas pues aún cuando se lograra un crecimiento, éste se vería reflejado en presiones sobre el nivel de precios y sobre las importaciones.

José Luis Calva señaló que México ha adoptado los programas de liberalización del campo elaborados por el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial en el marco del Tratado de Libre Comercio (TLC) y los resultados hasta ahora esperados por los tecnócratas no han sido satisfactorios, sino por el contrario, se ha agravado la situación social del campesino mexicano. El mencionado investigador señaló la necesidad de una pronta modificación en la estrategia económica agropecuaria que incluya una nueva política de precios, una nueva política financiera para solucionar el problema de la cartera vencida, que incluya también más apoyo a la investigación y que permita la preservación de las empresas rurales.

En su ponencia, Blanca Rubio planteó que el neoliberalismo ha sido un obstáculo que desestimuló la producción agrícola y extremó la marginación de los campesinos del sistema económico. Sin embargo llamó la atención sobre el hecho de que actualmente México no tiene condiciones internas para la autosuficiencia alimentaria aunque las condiciones externas si están dadas.

Magda Fischer por su parte abordó el tema de la problemática que se ha generado con el nuevo reordenamiento mundial, y particularmente con la liberalización de los mercados agrícolas a través del Acuerdo General de Aranceles y Comercio (GATT). En este contexto, Estados Unidos, desempeña un papel muy importante, pues por un lado utiliza el alimento como arma política (a través de los embargos) y por otro, busca alternativas para colocar sus productos y reconquistar su hegemonía en el mercado internacional agrícola. América Latina funge como una reserva de mercado para Estados Unidos y se convierte en importadora por medio de deuda. Para el caso mexicano, comentó que la situación es muy delicada pues el proceso de apertura comercial en el sector agrícola se ha llevado a cabo en una forma muy radical y ha colocado a la agricultura en desventaja en el marco del TLC.

Boris Marañón coincidió con otros ponentes en la idea de que el TLC genera impactos muy fuertes en el sector agropecuario y en que el entorno macroeconómico no favorece actualmente a la expansión de dicho sector. Sin embargo, los países subdesarrollados pueden optar por fortalecer la agroexportación no tradicional como frutas y hortalizas de lujo que tienen mercados muy dinámicos.

En la mesa II "Situación de los sistemas agrícolas en los países pobres; una apreciación de conjunto", se presentaron resultados de estudios sobre el impacto de la liberalización comercial en los campesinos del Tercer Mundo, en particular sobre el sector agrícola en Centroamérica y en China; así como los casos de organización y perspectivas campesinas en Oaxaca y Chiapas.

Destacan por su interés las propuestas de políticas de desarrollo tecnológico, desarrollo rural, de conservación del medio ambiente y alimentarias, que ameritan especial atención.

La mesa III, llamada: "La política agrícola y la apertura comercial: Evaluación con diversos enfoques y escenarios económicos y sociales", se caracterizó por el análisis de las repercusiones en la agricultura en el Tercer Mundo y en especial en México, en un contexto de apertura comercial y de políticas neoliberales.

Alejandro Trueba, Director de Política Agrícola de la Secretaría de Agricultura, Ganadería y Desarrollo Rural (Sagar) señaló que en este contexto de globalización, se debe dar prioridad a la seguridad alimentaria, así como apoyar y dar prioridad a aquellos productos que tengan ventajas competitivas, reducir costos y negociar precios.

Samir Elkadi, consejero comercial agroalimentario de la Embajada de Canadá en México, comentó que nuestro país cuenta con un gran potencial agrícola pero le falta desarrollarse; asimismo, afirmó que son importantes los pasos dados para reformar la infraestructura agrícola del país, en cuanto al sistema ejidal se refiere así como la reducción de la dependencia con el gobierno por parte de los agricultores y lograr incrementar las exportaciones agrícolas, entre otras ideas.

Manuel Ángel Gómez Cruz, de la Universidad Autónoma de Chapingo (UACH), habló de la necesidad de replantear la construcción del país a través de un nuevo modelo de autonomía y autogestión, con respecto al poder central; esto mediante la regionalización del país en base a mercados locales.

David Myhre, del Centro de Estudios Estados Unidos-México de la Universidad de California en San Diego, enfocó su ponencia a las políticas de créditos rurales. La nueva estrategia de financiamiento al campo sugerida por Myhre comprende una mejor capacitación para la administración del dinero, captación del ahorro, más inversión para la investigación en el campo, la búsqueda de la autosuficiencia en el financiamiento, además de la necesidad de que los recursos generados en el campo se usen para su mismo desarrollo y no sean transferidos a otras actividades.

La ponencia de Julio Boltvinik, investigador del Colegio de México (Colmex), aseveró que la política de los países desarrollados de otorgar subsidios a sus campesinos, entra en la lógica de que los mismos agricultores asuman el costo de producción, logrando con esto que la formación de los precios agrícolas disminuyan, permitiendo reproducir la fuerza de trabajo a un costo menor en beneficio de toda la economía en su conjunto.

La mesa IV llevó por nombre “Las Repercusiones de la Política Económica en la Agricultura. Ley Agraria y Movimientos Campesinos”.

En esta mesa, Humberto C. De Grammont, Investigador del Instituto de Investigaciones Sociales (IIS), UNAM, destacó cinco de los problemas fundamentales para los productores agrícolas y pecuarios en el contexto de las políticas de ajuste y de reorganización social. Estos problemas son los siguientes: la estructura agraria, la tecnología y el crédito, la empresa y la asociación productiva, la segmentación de las políticas gubernamentales y la reorganización social de los productores. Señaló que el actual modelo abandona la idea de fomentar el desarrollo agropecuario para el conjunto de los productores y que se ha institucionalizado la exclusión de los campesinos pobres del ámbito de las relaciones del mercado.

Por su parte Mario Barreiro, Director de Apoyos y Servicios a la Comercialización Agropecuaria (Aserca), planteó algunas reflexiones de orden general acerca de la evolución y las posibilidades futuras del esquema de apoyos al campo. Señaló que a los objetivos iniciales del programa, se agregarían apoyos para la capitalización del campo así como apoyos al ingreso de los productores no comerciales.

Arturo Ortiz Wadgymar, del IIEc., destacó en su ponencia la importancia que tienen los problemas de distribución y transporte en el caso de la agricultura. La tendencia general que se observa con la privatización de puertos y con la firma del TLC es que el transporte marítimo va a estar en manos de las empresas estadounidenses para ejercer comercio triangular con Japón y Europa, con muy pocas posibilidades de que empresas marítimas mexicanas cubran rutas hacia otras latitudes.

Roberto Diego Quintana advirtió que el campo mexicano requerirá de un Estado rector e intervencionista, pero eficiente, selectivo, que regule y fomente la actividad productiva por medio de la inversión y del crédito público y que a su vez fortalezca a las organizaciones rurales transfiriendo gradualmente funciones y atribuciones, arrebatadas por el Estado patrimonial corporativista.

“Los Avances Tecnológicos en la Agricultura y la Agroindustria. Viabilidad y perspectivas para los países pobres”, fue el nombre de la última mesa de trabajo del seminario. José Luis Solleiro, del Centro para la Innovación Tecnológica (CIT) de la

UNAM, destacó la necesidad de definir un modelo alternativo de desarrollo agrícola que aumente la productividad en el campo. Aseguró que esto será posible sólo con mejores tecnologías aplicada a la agricultura.

Rosa Luz González y Rafael Calderón del CIT y de la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM), Unidad Xochimilco, respectivamente, presentaron un trabajo sobre el desarrollo sustentable y nuevas biotecnologías en el cual concluyen que es necesario buscar estrategias más amplias que aborden no sólo los aspectos técnicos y de protección ambiental sino también los sociales y económicos.

En un esfuerzo por ejemplificar el proceso de desarrollo tecnológico agroindustrial en México, se presentó un trabajo conjunto por Carmen del Valle del IIEc., Luis Arturo García de la UAM-Xochimilco y Adolfo Álvarez del INIFAP, en donde se expuso la situación actual y las perspectivas del sector lácteo en México. En este trabajo se señaló, entre otras cosas que el proceso de internacionalización y los avances tecnológicos en la actividad lechera se encuentran en gran parte, dirigidos por empresas transnacionales y que dentro de este proceso, México se desempeña como uno de los principales importadores de insumos para la producción de leche y en especial de leche en polvo descremada

Felipe Torres del IIEc. habló de la agricultura orgánica como una estrategia gradual en el marco del desarrollo sustentable y como una alternativa para los productores pobres en México, los cuales considera que no tienen expectativas optimistas dentro del modelo de desarrollo actual.

En esta última mesa se dejó constancia de los retos que la agricultura mexicana debe enfrentar en el nuevo contexto internacional, que impone nuevas formas de producir, sobre todo con mayor eficiencia y equidad, para conseguir un mejor nivel de vida en los países del Tercer Mundo.

Presentación de la revista *Politics, culture and society**

Beatriz Stolowicz*

Debatir la globalización

Estamos frente a un esfuerzo intelectual colectivo de suma importancia, que asume de manera seria y documentada el debate sobre uno de los temas preferidos en la ofensiva ideológica de la derecha: la *globalización*. Que, como bien dice John Saxe-Fernández, ha conducido a visiones fatalistas y por tanto de pasividad ante una realidad económica y social que se impone casi mágicamente, porque en ella no se reconocen actores reales ni intereses, sino una fuerza metafísica que impone condicionamientos, subordinaciones y obsecuencia, y el rechazo a siquiera pensar en la posibilidad de la soberanía nacional y menos aún en la soberanía popular.

Los trabajos que aquí se presentan desafían las mistificaciones sobre la globalización, sin dejar de reconocer los cambios reales que existen en las nuevas modalidades e intensidades de la internacionalización del capital. Pero demuestran con cifras y argumentaciones que esas transformaciones no sólo no eliminan, sino que profundizan, la multacentenaria dependencia de América Latina, con su contracara moderna, el imperia-lismo, como analiza John Saxe. *Imperialismo*: esta palabra que tanto ruido mete, por *obsoleta*. Como si la crisis de las experiencias socialistas hubieran significado simultáneamente el hundimiento de una historia de cinco siglos de lo que Wallerstein llama el moderno sistema mundial, cuando por el contrario, como se analiza, es precisamente esa crisis del campo

* "Latinoamérica y el mundo: voces desde México", Vol. 8, núm. 2, invierno 1994. Reflexiones presentadas en el IIEc. el 29 de septiembre de 1995.

• Profesora-Investigadora del Departamento de Política y Cultura de la UAM-Xochimilco.

socialista la que cataliza esta irrefrenada expansión capitalista transnacional.

Es curioso cómo muchos intelectuales que toman de Immanuel Wallerstein las nociones de funcionamiento sistémico mundial para fundamentar las tendencias globalizantes, olvidan por completo que el eje analítico de estudios como los de Wallerstein, Fernand Braudel o de Sergio Bagú está en la relación centro-periferia como una relación de explotación y dominación esencial para la supervivencia del sistema. Por eso creo que es muy importante debatir sobre esta realidad en Estados Unidos mismo, donde analistas como Robert Reich, secretario de Trabajo del gobierno de Clinton, plantean de manera dramática los signos críticos de la declinación hegemónica de Estados Unidos en el plano económico; pero también —dicen— acerca de los *beneficios* que de ello obtienen los países de la periferia en los cuales Estados Unidos realiza inversiones directas. Los datos que se presentan en el volumen son una contrastación y contestación contundentes.

Pero me parece muy necesario que estos trabajos se inserten en el debate actual de América Latina. Jaime Estay afirma que tal vez uno de los mayores éxitos del neoliberalismo, como revolución conservadora, esté en su penetración ideológica. El problema es preguntarse por qué ello se da con tanta intensidad —en una realidad que cada día rompe los ojos con su brutalidad— al tiempo que se repiten las verdades neoliberales, como dice Estay, del intrínseco carácter perverso del papel del Estado, la ilimitada capacidad de autoregulación del mercado y su supuesta libre competencia, —que discute Ortiz—, las bendiciones del capital extranjero, el admirable espíritu empresarial de nuestras burguesías criollas, la absoluta prioridad de los equilibrios macroeconómicos por sobre las *nimiedades* de la distribución progresiva del ingreso, etcétera.

Pareciera que estuviéramos ante lo que algunos llamarían una globalización ideológica. Sin embargo, las ideas, lo sabemos, no tienen existencia propia al margen de ciertas condiciones que les permiten incidir en la conducta social, y por tanto, convertirse en ideología, y más aún, hacerse dominante. Este es un problema que se presupone pero que no se aborda explícitamente en el volumen que comentamos. Debemos reco-

nocer que en América Latina hubo una “globalizada” ofensiva contrarrevolucionaria en los últimos 25 años, orientada a destruir todas las formas de resistencia popular a esta reestructuración capitalista en la región, desde las resistencias económicas hasta las teóricas. Debemos reconocer que ha habido una derrota político-militar, en el sentido gramsciano, de las visiones críticas al capitalismo y al imperialismo, a las que se agregan las crisis de los referentes sociales de dicho pensamiento. Pero ello no significa que, de ninguna manera, deber asumir que derrota sea igual a fracaso, porque siguen vigentes y terriblemente agravadas las condiciones que gestaron el pensamiento anticapitalista y socialista.

Esta es, sin duda, una de las grandes responsabilidades del pensamiento latinoamericano, que exhibe una tremenda lentitud de reacción, más lento incluso que en el contexto del nazifascismo de hace 50 años, lo que en demasiados casos llega a ser verdadera complicidad. Si esto es un hecho preocupante en la reflexión económica, —con lo que debaten los artículos que comentamos—, parece aún más preocupante en la interpretación de los fenómenos políticos. Y lo que es peor, existe una gran incapacidad para entender su vinculación real: la naturaleza política de los hechos económicos y la función económica de las prácticas políticas.

Todos los autores reconocen que el neoliberalismo implica una gran operación refundacional que involucra tanto lo económico como lo político. Sin embargo, los desafíos analíticos que presentan los editores mismos en cuanto a los impactos de estos nuevos fenómenos internacionales sobre las clases sociales, sus conflictos y relaciones y la práctica estatal, que son fundamentalmente de expresión nacional, quedan sugeridos más que analizados. Ese es el gran problema de la *democracia* y de las formas de reproducción de la dominación excluyente, que es la garantía para las brutales formas de explotación, de acumulación y de concentración, no sólo del ingreso y del poder económico, sino del poder político. Y de esa notable subordinación del Estado al interés del gran capital, que por grande, es evidentemente transnacional.

Debemos reconocer que si hay una hegemonía ideológica de la derecha neoliberal en relación a los fenómenos económicos,

ella no es menor en relación al tema político del momento: la democracia. Incluso observamos que intelectuales y políticos que se declaran abiertamente antineoliberales, comparten con los sectores dominantes la conceptualización sobre lo político, aunque se ubiquen en las oposiciones partidarias y sean contestatarios. Pero que terminan por ser funcionales a la estrategia neoliberal de control político de las masas, al asumir como propios los objetivos de gobernabilidad del sistema. Y que los consideran como equivalentes a los objetivos de democratización.

Carlos Vilas discute, demasiado sintéticamente para mi gusto, (al menos en relación a otros trabajos suyos), la profunda contradicción entre una sociedad que margina socio-económicamente y que se declara democrática porque apela formalmente a la ciudadanía a través de las elecciones. Si la democracia es un sistema inclusivo basado en la participación, —dice— las prácticas excluyentes en las que se sostiene el neoliberalismo hacen dudar realmente de las posibilidades de la democracia en América Latina. Pero matizo, la democracia no es sólo participación sino una participación con capacidad de decisión. Y en ese sentido, la marginación no es sólo socioeconómica, también es política. Que los millones de pobres y marginados decidan los resultados electorales, no quiere decir, en eso discrepo con Vilas, que no sean marginados políticamente. Los pobres ponen los votos, pero ¿realmente deciden? ¿Cuál es su autonomía para representar sus intereses, para negociarlos y para satisfacerlos?

Es evidente que son esos millones de pobres los que pueden afectar el *status quo*, la estabilidad del sistema, y por tanto, la gobernabilidad. Por ello para los sectores dominantes, para los grandes intereses económicos que están en juego y para los advenedizos del sistema que buscan no quedar fuera del reparto, cualquier proceso real de democratización, de ampliación de la capacidad decisoria de las mayorías, es un atentado a la estabilidad y a este orden de exclusión.

El gran contrabando ideológico es precisamente identificar gobernabilidad con democracia. Para realizarlo es necesario imponer una concepción de democracia elitista, en la que pequeñas élites deciden concertadamente lo que es admisible o

no para el sistema y lo imponen a través de estructuras partidarias que, más que representar intereses populares, ejercen control. Para ello es necesario hacer creer en la autonomía absoluta de lo político. Y también explotar las experiencias traumáticas del terror dictatorial, manteniéndolas siempre vivas con sus prácticas autoritarias y la creciente militarización de la política, para garantizar que predomine el valor de la libertad por sobre el de la igualdad, induciendo incluso una autocensura para confrontar al capital.

Las transformaciones económicas neoliberales, como la eufemísticamente llamada flexibilización laboral, son el sustento de estas prácticas de control, operando en un sentido de disgregación, de debilitamiento de la conciencia de clase y de la organización sindical, de incremento de la competencia entre trabajadores —incluso a nivel regional—, de conductas individualistas y conservadoras, de pragmatismo y reducción de expectativas, como señala Vilas. Estas transformaciones cumplen simultáneamente una función económica y política. Las prácticas políticas dominantes, o como dicen algunos “las nuevas formas de hacer política”, en la medida en que permiten ejercer control y legitiman el *status quo*, cumplen una función económica. El neoliberalismo es una estrategia global de reproducción del sistema, de modificación del poder relativo de las clases y de dominación ideológica. No siempre se le analiza en esta multidimensionalidad inevitablemente articulada.

Vilas señala que muchas de las explicaciones deben encontrarse en los procesos de transición de los regímenes autoritarios a los de la también dudosamente llamada democracia electoral, pues no implicaron una derrota de las fuerzas dictatoriales. Con ser cierto, sin embargo, estamos viendo en estas democracias fenómenos de una intensidad superior a los de las propias dictaduras. En muchos países, las dictaduras no llegaron a privatizar y estafar los bienes estatales como lo hacen los gobiernos representativos, ni a provocar el número de muertes por hambre que ocurren en las llamadas democracias; ni a una obsecuencia con los socios transnacionales como hoy se observa. Y en estos procesos participan por acción y omisión, a pesar de tener mayores espacios de libertad y opinión, parte importante de los que antes fueron objeto de la represión dictatorial.

Muchos integran los parlamentos y hasta se congratulan de una mayor competitividad electoral. Otros más participan de las estructuras universitarias. Y como dice Vilas, tienen un peso no despreciable como productores de ideas, tanto en la academia como en la política. Es así como —nos dice Vilas— estas clases medias, que fueron un actor dinámico del proceso de desarrollo, que se han empobrecido y que se resisten a perder sus papeles mediadores con el poder, proyectan sus visiones al resto de la sociedad: desencanto, sí; pero también pragmatismo, oportunismo, disposición a ser cooptadas.

Estos cambios de conductas sociales y políticas podrían reconocerse como efectos de la “globalización de prácticas culturales”, como eficacia de las prácticas hegemónicas de la derecha. Sin embargo, ello no cancela el problema de la voluntad en la historia y de la dignidad. Un simple historicismo no nos hubiera permitido creer en la posibilidad de que el ejemplo de dignidad chiapaneco debiera incorporarse como tema de gran importancia en un volumen como el que comentamos, y allí está.

El volumen asume desde el análisis mismo una postura y una responsabilidad social, que muchos de sus autores reivindicarían incluso explícitamente: un verdadero internacionalismo de los explotados ante la más profunda internacionalización del capital tanto en la circulación como en la producción; una clara postura antimperialista; una nueva capacidad para pensar y construir alternativas. Una reivindicación de la utopía igualitaria. Es, este volumen, un aporte en ese camino.

Reflexiones sobre la globalización*

Ramón Martínez Escamilla•

La globalización, en tanto modelo de universalización de la hegemonía del mercado financiero y su penetración masiva en todos los rincones del orbe, es un fenómeno que, no obstante su extensión, está sujeto, como el de la mundialización del mercado de estupefacientes, a una controversia no exenta de factores distorsionantes, tales como los intereses estratégicos, políticos, y hasta algunos intereses profesionales y gremiales encubiertos, así como la emocionalidad y el deseo de simplificar una cuestión por demás compleja y, a veces, hasta inducidamente ambigua.

La globalización, en primer lugar es propugnada por un número creciente de personalidades y grupos que, en un medio típicamente occidentalizante —sea éste el de los negocios, de la política, de la administración pública, de la educación o el de la investigación científica o humanística—, se manifiestan como de reconocida solvencia intelectual y ética. Por ello se acomoda perfectamente a la filosofía liberal y a la moral individualista que animan al sistema de libre mercado y comercio. Esta posición tiene, además, un fuerte asidero en las concepciones posmodernistas que se han expandido en los últimos años, precisamente entre los políticos y los intelectuales orgánicos más alejados de las doctrinas de la emancipación social o nacional.

En segundo lugar, la globalización ha venido conquistando la mentalidad del grueso de los intelectuales de todos los medios, —incluido el científico y el académico—, cuyos conceptos y nociones de sistema, país, nación, planeación, proyecto

* Estas reflexiones están inspiradas, entre otras, en la lectura de la obra de Leo Panitch: *Globalization and the State*, publicada por el Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Humanidades (CIH), UNAM, 1994.

• Investigador del Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM.

nacional, programa de gobierno, democracia, partido, militancia, participación, etc., provienen de “doctrinas” de anarquizante indefinición ideológica o de republicanismos y/o nacionalismos del corte y sentido más pragmáticos.

En tercer lugar, la globalización es vehiculada entre las juventudes trabajadora, estudiantil y marginada, por pequeños y medianos liderazgos parapresupuestales, de no siempre confesa filiación populista, o partidista; o surgidos al calor de los más variados movimientos reivindicatorios de carácter inmediatista; que empeñan un discurso nacionalizante que tiende a predisponer el entendimiento y la voluntad de las masas a la distorsión y/o degradación de todo lo que pudiera representar una real emancipación económica a escala nacional; y que con frecuencia logran escalar algunos peldaños de una muy discutible representación popular o de la estructura burocrática intermedia.

En cuarto lugar, la globalización como conjunto de ideas para animar al proceso real, de una u otra manera anida también en múltiples formaciones confesionales, iniciáticas, sectáricas, excluyentistas, mesiánicas, protagonísticas, clientelares, y algunas editorialísticas ex–alineadas respecto de las otrora exitosas burocracias de prédica estatizante o de los modelos de socialismo real más en boga hasta hace pocos años.

En quinto lugar, la globalización ha encumbrado un debate en el que no pocos grupos de acción y actitud independiente y/o contestataria, que antes de la divulgación profunda del fenómeno expresaban propuestas de carácter alternativo, han devenido sus corrientes crítico–constructivistas; lo que a fin de cuentas tiende a justificar la idea de que el llamado neoliberalismo viene acompañado históricamente de una suerte especial de neopositivismo.

En sexto lugar, la globalización se ha fortalecido como fenómeno aparentemente irreversible en el embate y virtual descalificación apriorística hacia todo proyecto que de alguna manera tienda a disentir o incluso a no coincidir total o parcialmente con los mecanismos de desregulación, apertura financiera, comercial o ideológica respecto del mercado, o con las políticas de reprivatización de algunos de los más significativos componentes del subsistema económico del sector público. Y

procura fortalecerse también en el ensalsamiento de toda actitud o actividad que tienda a situar en la órbita de los intereses privados no sólo los negocios sino también los más ricos filones de los servicios asistenciales y los programas de seguridad social, educación, recreación, cultura y deporte a escala nacional y local.

En séptimo lugar, la globalización tiende a consolidarse como modelo de comportamiento económico a escala mundial, como consecuencia inmediata del relativo fracaso coyuntural que en los últimos tres lustros exhibieron las políticas económicas nacional–proteccionistas que por casi cuatro décadas anidaron en la teleología del Estado del bienestar. En esto han jugado un papel decisivo, por una parte el descrédito y sonado desmantelamiento de la planificación y la programación concebidas y ejecutadas como segmento esencial del ejercicio del poder; y por otra parte el acelerado proceso de constitucionalización de las líneas más genéricas del pensamiento económico llamado neoliberal y las políticas concretas que le resultan más consecuentes.

En octavo lugar, la globalización se asienta con éxito también coyuntural sobre los escombros del intervencionismo económico estatal, de todo el “semimundo” capitalista en desarrollo; merced a las fricciones, las desviaciones y erróneos encauzamientos de los beneficios del proceso económico general; provocados unas veces por la entropía propia del sistema capitalista y otras veces por las decisiones tomadas, adoptadas o adaptadas de manera deliberada y conciente por los gobiernos.

En noveno lugar, la globalización tiende a echar raíces para muy largo plazo; en realidad para un estadio de alcance secular; a través de la fuerte y a veces nada mansa dinámica de la reforma del Estado capitalista; misma que en los últimos tres lustros se ha estado abriendo paso y situándose en el centro de todo el proceso, primero como uno de sus objetivos mediatos y después como uno de sus motores fundamentales.

En décimo lugar, la globalización, merced a la compleja y extensa fenomenología que pone en planta, no facilita el planteamiento de la necesidad de que, los enfoques críticos guiados por un sentido de responsabilidad social —como los que se

publican en este tipo de volúmenes—, vayan acompañados del descubrimiento de fenómenos desgarradores social y políticamente; así como de aquellas mentalidades y prejuicios individuales y colectivos; intereses grupales y concepciones históricas y políticas que subyacen a la controversia real y discursiva que ella misma genera, y que casi de manera normal se mantienen soterrados en aras de su propia funcionalidad.

Ahora bien, así se viera como lejana y aparentemente poco accesible la meta de hacer ese planteamiento, y que a todas luces no pasaría de ser sólo el planteamiento de una meta inicial o a lo sumo intermedia; hacerlo o intentarlo una y otra vez es una tarea objetivamente posible y siempre deseable porque, al desregular, abrir y privatizar a ultranza sus mercados de capitales, los países en desarrollo no han partido de una ideología que se base en las condiciones de su similar desventaja y su consiguiente y común postración económica, y que les pudiera ser también solidaria y común; ni han enarbolado estrategias de defensa para llevar a la práctica postulados que operen claramente en este sentido.

Y es que si la globalización fuerza por una parte muy profundos y vertiginosos cambios en todas las ramas de la producción, la distribución, la ocupación y la integración económicas de todos los países; también ejerce muy drásticos efectos en la organización social y genera un medio ambiente propicio a la crisis del Estado capitalista subdesarrollado, con independencia de si obedece a tal o cual tipología; lo que tiende a maniatarlo y a imposibilitarlo para reciclar productivamente, y también desde el punto de vista estrictamente político, sus desgastadas potencialidades.

Un ambiente social configurado como acabo de expresar, traza un cuadro de condiciones suficientes para que la pequeña capa financiera de la sociedad capitalista, sólo pueda ejercer su función y permanecer desarrollándose como tal si tiende, a más de ocupar ese vacío, a revolucionar aceleradamente las relaciones económicas cupulares propiamente dichas y, con ellas, las relaciones políticas y jurídicas que le resultan más funcionales; mientras los aparatos de poder del Estado tradicional y los gobiernos que los encarnan se enfrentan a la disyuntiva de ser

también funcionales o ver pasar el proceso como meros espectadores.

Con todo, el de la globalización es un fenómeno que no puede considerarse todavía como un todo tipificado ni susceptible de ser expuesto en un modelo único; pues se presenta todavía como un patrón de comportamiento público y privado que expresa básicamente las salidas posibles de la insuficiencia y la decadencia de los modelos teóricos y de las políticas económicas funcionales a una gobernabilidad que, en nombre de la emancipación social, o del nacionalismo o del solidarismo, mucho profundizó en la elitización de la política militante, en el autoritarismo economicista de soluciones totales y en la exclusión de toda réplica a las verdades preestablecidas ideológicamente.

Con sus verdades también preestablecidas, la globalización es la imposición de un orden internacional que moldea no sólo la expansión del tejido de acciones de los grandes complejos transnacionales de negocios financieros, sino también de los grandes bloques de producción material y aun los de producción e instalación de comunicaciones y transmisiones ultramodernas, —la famosa progresión mediática—, sobre las que los Estados en particular casi no tienen influencia. La nueva realidad es una asimetría masiva entre la movilidad y la organización internacionales del capital, y la dispersa segmentación e inmovilización técnica pero también geográfica y política de las fuerzas productivas sociales en el sentido estricto del término, lo cual no tiene precedentes en la historia.

Antes, afuera del Estado no se conocía ni se buscaba algún instrumento capaz de amansar al mecanismo del mercado. Ahora, tampoco adentro del Estado porque, falsamente, al emitir y hasta decretar la intocabilidad de la “libre” competencia, también se postula desde su seno que el mercado surge y se desarrolla de manera espontánea para permanecer *in aeternum*.

¿Para qué decir que la consecuencia es que las enormes masas sociales movilizadas hacia el mercado global o estabilizadas en su entorno, son las acosadas víctimas de todo el proceso, y que como tales se erigen en la más grave amenaza de todo sistema estrictamente nacional, comenzando por el

propio “semimundo” del subdesarrollo pero impactando también al mundo desarrollado?

Expresar con énfasis la tesis de que los proletariados del subdesarrollo son explotados y expoliados directamente por los empresariados industriales del desarrollo se antoja ahora como una tímida antigualla premonitoria de algo que ha terminado por rebasar los escenarios nacionales y regionales; y que el concepto estrictamente clasista de la relación y la dinámica económicas de cualquier envergadura geopolítica, ha terminado por no ser suficiente explicación del carácter finalmente global del capitalismo. Ahora, merced a ese carácter, unas sociedades victiman global, es decir integralmente a las otras, lo que quiere decir que ya no lo hacen sólo cruzando internacionalmente el efecto expoliador de una a otra clase social sino desde una capa grupuscular hacia toda la estructura social del capitalismo, si bien procediendo todavía país por país y, por supuesto, del centro a la periferia.

Sin embargo, la meta arriba señalada tendría que ser también la de no perderse en ese laberinto. La dinámica general que sustenta la globalización, todavía a finales de 1995 consiste básicamente en instaurar adentro de las economías menos desarrolladas el orden externo delineado por la hegemonía financiera, estratégica y política que en las grandes potencias ejerce un puñado de enormes corporaciones privadas que han logrado subordinar no sólo al Estado nacional, sino también el poder y la voluntad de los organismos internacionales creados décadas antes para propiciar el desarrollo a escala mundial. Como lo que sucede con la globalización es esta subordinación y la consecuente desviación respecto del propósito inicial de tales organismos, algunos de sus más preciados principios, traducidos a condicionantes estratégicas ordenan privilegiar la adopción de políticas económicas que, al interior de las economías menos desarrolladas, hacen mucho más enclenque al capital aborígen e incrementan la dominación del capital de aquellas corporaciones.

Más que machacar una gran verdad, acaso ya repetida por muchos, decir esto es remarcar el enorme peso de la responsabilidad que tienen los gobiernos y sus políticas económicas en los negativos efectos que la globalización impone a corto, me-

diano y largo plazo en la estructura y en la dinámica de muchas economías nacionales. En el caso del México que transita de 1995 a 1996, tenemos a la vista una economía que parece estar ordenada por un código que prohíbe a los mexicanos reparar en si nos gusta o no la forma en que opera la economía mundial, pues desde el ángulo del gobierno “lo que importa ahora” es saber si estamos dispuestos y si somos capaces de lograr el éxito en el nuevo orden global.

Es por eso que, en este país, las cosas se dan ahora de manera que las relaciones Estado–proceso económico se explicitan casi exclusivamente por el discurso y la práctica administrativa de los titulares de los aparatos de poder que específicamente entran en juego para la instauración del tipo de *racionalidad metodológica* que resulta vertebral al conjunto de las nuevas relaciones financieras; pues estos titulares están haciendo como que median, sin mediar, entre el Estado y la sociedad nacional; distanciándose del uno y de la otra de manera que se antoja como la negación de la política. Del primero, se distancian porque renuncian a encarnar sus verdaderos intereses en tanto Estado *nacional*; de la segunda, se distancian porque de ella no recogen, ni interpretan, y por eso no pueden expresar, siquiera las demandas económicas, sociales y políticas más apremiantes.

Ahí están para corroborarlo el llamado *Plan Nacional de Desarrollo 1995–2000* y la reciente Alianza para la Recuperación Económica, urdidos en la sede del Poder Ejecutivo Federal mexicano y servidos a domicilio por los otros dos poderes y por los “sectores” obrero, campesino y empresarial. Y es que, como los gobernantes ya no encarnan la “dura” pero legítima intervención del Estado en la economía, sino la “conveniente y suave” *rectoría* pretendidamente desde afuera de su proceso, las relaciones entre el Estado y la economía se explicitan también por la acción indirecta del conjunto de los aparatos de poder y sus funcionarios, que traducen esa racionalidad a medidas específicas de política económica, impulsoras y ya no sólo “inductoras” de un nuevo orden interno que, en aras de los beneficios del capital financiero, privilegia a la competencia privada, prejuzga el origen predominantemente externo del financiamiento y, como consecuencia, también el destino expor-

tador del producto, pero sobre todo del excedente económico; como lo prescriben recurrentemente las políticas fiscales, monetarias y cambiarias.

Por los objetivos concretos que se trazan como meta desde sus respectivas estrategias y políticas, ya no es tan fácil distinguir a un gran gobernante nacional de un gran magnate de las finanzas globales. Descontemos que podría replicarse expresando que esta opinión tendría mejor cabida en el medio político que en el académico; pero mantengamos que ello no impide señalar en cualquier medio la diferencia tajante que existe entre la desemparización de la mayoría de los políticos y gobernantes merced a la ola aperturista, desreguladora y sobre todo privatizadora, y la politización y acelerada gubernalización de las cúpulas financieras y algunas capas empresariales.

Eso no quiere decir que la globalización sea un fenómeno irreversible ni que las economías que no han alcanzado el desarrollo capitalista “global” queden desde ahora condenadas a recorrer su periplo. Bastaría echar una mirada a la condición económica de las clases sociales subalternas, y aun a la de algunas capas empresariales del mundo del desarrollo, para advertir que ni aun entre ellas la globalización ha sido capaz de derramar los beneficios de la llamada posmodernidad económica.

En realidad, la globalización no es más que un complejo tramo de inflexión socioeconómica y política del capitalismo hacia su imperialización total, que está llamado a tocar a su fin mucho antes que logren tipificarse y homogeneizarse sus comportamientos hasta el grado de desembocar en la integración económica mundial y en la articulación de un modelo biunívoco, susceptible de ser aplicado y ajustado sobre la marcha, siquiera ideal y cibernéticamente. En la medida que trastoca las articulaciones de poder de alcance nacional y regional y promueve una nueva noción de los espacios geoeconómicos y políticos, también promueve el relanzamiento de los nacionalismos y de nuevas nociones acerca de las fronteras, de las soberanías y hasta de las ciudadanías.

La transnacionalización de todos los circuitos importantes de la economía apenas ha comenzado a confirmar que, para que opere con éxito el mecanismo del mercado, y especialmente el

mercado de capitales que es el que realmente importa a los segmentos impulsores de la famosa globalización; sigue siendo tan importante como al inicio del capitalismo tener con quien comerciar libre y ventajosamente desde la perspectiva del vendedor. De aquí que se sigan requiriendo compradores solventes o dispuestos a endeudarse a quienes sacarles ventaja, que son los mismos que están detrás de los pactadores y los “alianzadores” oficiales, de los redactores de cartas de intención y de los comisionistas de empréstitos y “ayudas” económicas externas.

Con todo ello, las formas específicas que asume el capitalismo nacionalmente, cambian con celeridad su sentido original y vuelven también más acelerada, profunda y evidente la dinámica nacional de la crisis. Pero, contra lo que suponen algunas interpretaciones que surgen de manera más o menos apresurada en medios diversos, las unidades geopolíticas nacionales no están a punto de desaparecer sino de reordenarse, y lo que está presente en ellas es el doloroso impacto de un capitalismo que al tiempo que confirma y endurece su carácter de sistema mundial, las pone frente a la exigencia inaplazable de barrer internamente y a cualquier precio lo que les queda de infuncional, desfasado, arcaico o contradictorio, vistas las cosas en la perspectiva de su inmersión absoluta en el multidimensional esquema trazado por los intereses del capital financiero.

Por lo tanto, todavía tiene sentido hablar de y trabajar para la economía nacional porque sigue siendo de nación a nación que se manifiesta más descarnadamente el antagonismo del sistema, y porque es en esa escala donde el síndrome de la transición al siglo XXI que es posible observar en todas latitudes; es decir, el derribamiento de las fronteras económicas es más la quimera globalmente compartida que la realidad interpuesta y cada vez más endurecida por los proteccionismos productivistas de un industrialismo que no logra ser remontado, pese al alineamiento teórico e ideológico con la noción de una era postindustrial y posmoderna.

¿O no es acaso cierto que tales proteccionismos se manifiestan y ejercen porque la descomunal rentabilidad de los circuitos financieros de más vertiginosa rotación monetaria se aplican

también a la gran industria nacional de las potencias globalizantes? ¿Si no es así, qué son, entonces, los conatos de guerra comercial que al finalizar 1995 se registran entre esas grandes potencias?

Bibliografía:

- Panitch, Leo. *Globalization and the State*, México, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Humanidades, UNAM, 1994.
- Barba Álvarez, Antonio. “El cambio en el Estado neoliberal”, en *Excélsior*, 6 al 9 de mayo de 1991.
- Mansilla, H.C.F. “Reflexiones críticas sobre la legalización o penalización de drogas”, en *Revista Occidental*, Año 12, núm. 1, núm. 35, 1995.